

**CARMELITAS MISIONERAS TERESIANAS**  
**75 AÑOS TERESA MIRA (28.05.2016)**

Muy queridas en el Señor.

Estamos celebrando la clausura del 75º aniversario de la muerte de la Venerable Hermana Teresa Mira García, con la celebración de la Solemnidad del Corpus Christi. Después de la espléndida conferencia a la Hermana M. Pilar Jordà sobre la relación entre Teresa Mira y el Carisma del Pare Palau, siento un cierto apuro: ¿qué os puedo decir yo?. Pero gracias a la Hermana Antonia, que me ha enviado abundante material sobre esta hermana vuestra os puedo decir alguna cosa.

Lo primero que se dice de Teresa es que fue una buena hija del Beato Francisco Palau, ya que encarnó admirablemente el carisma congregacional que brota del misterio de fe que es la Iglesia. Teresa amó a la Iglesia y se entregó con sencillez, amor y alegría al servicio de los más débiles: niños, enfermos, necesitados... Su lema era: Amar y hacer el bien a todos. Hoy, celebrando ya el Corpus Christi, este lema adquiere un valor muy grande.

Amar y hacer el bien a todos era una realidad en Teresa, porque trataba de amar a todos sin distinción de credos y partidos, lo que la sitúa en las mismas huellas de Jesús, que pasó haciendo el bien. Buscó la síntesis que es en el fondo la vida cristiana: amar a Dios y al prójimo, acogiéndole siempre con sencillez y ternura, y pienso que hoy diríamos, más que nunca, con misericordia.,

Teresa, se nos dice, vivió con entrega su consagración al Señor. Nos dejó un testimonio de fidelidad en la entrega incondicional, en la sencillez y en la grandeza de corazón. Precisamente como facetas de su vida podemos destacar:

- De condición amable, siempre con una sonrisa. Se podía contar con ella
- De gran sentido común y gran capacidad de comunicación: un agradable rincón para toda alma.
- Llama de amor intenso y río de ternura. Suave alivio para todos, entregaba lo mejor de sí, siendo un alma exquisita desde una prodigiosa sencillez.
- De cristalino fondo, se dejaba llevar por el aire del Espíritu, lo suyo era el silencio y la sonrisa.

Teresa se olvidaba siempre de lo suyo, de nada se quejaba. No se fatigaba el alma, lo único que quería era hacer el bien a todos.

Me ha llamado la atención, leyendo lo que habéis escrito sobre ella, que era sobre todo una mujer sencilla y de gran corazón. Así la han descrito: Teresa era una mujer singular, una joven carmelita que pasó por nuestro mundo sembrando el bien con la sonrisa en los labios y el corazón abierto a todos. La sencillez, el amor hecho servicio fue la característica fundamental de su camino de santidad, virtudes que brillan en ella con tal claridad que es imposible hablar de Teresa Mira sin hacer referencia a su sencillez y a su gran corazón. Teresa solía repetir *“Hagamos el bien y no miremos a quien”*, éste fue su lema y su actuar y de ello fueron testigos aquellas gentes que durante la guerra civil vieron un ejemplo vivo de la ternura de Dios.

Teresa nos dejó así, víctima de la tuberculosis, enfermedad probablemente ocasionada por el mismo servicio y entrega a los demás, agradecida por los cuidados y servicios que le ofrecía, confiada en las manos del señor, serena y llena de esperanza. Era la madrugada del 26 de febrero de 1941, miércoles de Ceniza. A Teresa le ha llegado la hora y el encuentro cara a cara con su amado. Ella nos deja un testimonio de

fidelidad en la entrega incondicional, en la sencillez y en la grandeza de corazón. Rezamos para que la podamos ver pronto en los altares.

Estamos ya celebrando la solemnidad del Corpus Cristi, trasladada del jueves al domingo. El pasado jueves el Papa Francisco dijo cosas muy bonitas sobre esta fiesta eucarística.

“‘Haced esto en memoria mía’ (1Co 11,24.25). El apóstol Pablo, escribiendo a la comunidad de Corinto, refiere por dos veces este mandato de Cristo en el relato de la institución de la Eucaristía. Es el testimonio más antiguo de las palabras de Cristo en la Última Cena.

«Haced esto». Es decir, tomad el pan, dad gracias y partidlo; tomad el cáliz, dad gracias y distribuidlo. Jesús manda repetir el gesto con el que instituyó el memorial de su Pascua, por el que nos dio su Cuerpo y su Sangre. Y este gesto ha llegado hasta nosotros: es el «hacer» la Eucaristía, que tiene siempre a Jesús como protagonista, pero que se realiza a través de nuestras pobres manos ungidas de Espíritu Santo.

«Haced esto». Ya en otras ocasiones, Jesús había pedido a sus discípulos que «hicieran» lo que él tenía claro en su espíritu, en obediencia a la voluntad del Padre. Lo acabamos de escuchar en el Evangelio. Ante una multitud cansada y hambrienta, Jesús dice a sus discípulos: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9,13). En realidad, Jesús es el que bendice y parte los panes, con el fin de satisfacer a todas esas personas, pero los cinco panes y los dos peces fueron aportados por los discípulos, y Jesús quería precisamente esto: que, en lugar de despedir a la multitud, ofrecieran lo poco que tenían.

Hay además otro gesto: los trozos de pan, partidos por las manos sagradas y venerables del Señor, pasan a las pobres manos de los discípulos para que los distribuyan a la gente. También esto es «hacer» con Jesús, es «dar de comer» con él. Es evidente que este milagro no va destinado sólo a saciar el hambre de un día, sino que es un signo de lo que Cristo está dispuesto a hacer para la salvación de toda la humanidad ofreciendo su carne y su sangre (cf. Jn 6,48-58). Y, sin embargo, hay que pasar siempre a través de esos dos pequeños gestos: ofrecer los pocos panes y peces que tenemos; recibir de manos de Jesús el pan partido y distribuirlo a todos.

Partir: esta es la otra palabra que explica el significado del «haced esto en memoria mía». Jesús se ha dejado «partir», se parte por nosotros. Y pide que nos demos, que nos dejemos partir por los demás. Precisamente este «partir el pan» se ha convertido en el icono, en el signo de identidad de Cristo y de los cristianos. Recordemos Emaús: lo reconocieron «al partir el pan» (Lc 24,35). Recordemos la primera comunidad de Jerusalén: «Perseveraban [...] en la fracción del pan» (Hch 2,42). Se trata de la Eucaristía, que desde el comienzo ha sido el centro y la forma de la vida de la Iglesia.

Pero recordemos también a todos los santos y santas –famosos o anónimos–, que se han dejado «partir» a sí mismos, sus propias vidas, para «alimentar a los hermanos». Cuántas madres, cuántos papás, junto con el pan de cada día, cortado en la mesa de casa, se parten el pecho para criar a sus hijos, y criarlos bien. Cuántos cristianos, en cuanto ciudadanos responsables, se han desvivido para defender la dignidad de todos, especialmente de los más pobres, marginados y discriminados. ¿Dónde encuentran la fuerza para hacer todo esto? Precisamente en la Eucaristía: en el poder del amor del Señor resucitado, que también hoy parte el pan para nosotros y repite: «Haced esto en memoria mía». No hay duda que para Teresa la Eucaristía sería el centro de vida espiritual y de donde sacaba fuerzas para entregarse generosamente a ayudar a los demás.